

# Ciudad hojaldre

Visiones  
urbanas del siglo XXI

Carlos García Vázquez

GG

## Ciudad hojaldre. Visiones urbanas del siglo XXI

Carlos García Vázquez

Gustavo Gili

Barcelona, 2004

232 pp.

ISBN 84-252-1970-1

### LA CIUDAD DUDOSA

Con similar firmeza que Pereira en otros asuntos, sostiene el arquitecto Carlos García Vázquez que la ciudad es un hojaldre. *Ciudad hojaldre. Visiones urbanas del siglo XXI* se titula y subtitula el último libro que ha editado en GG en formato cuadrado: 18x18 centímetros de amarillo limón maduro y tipografía rosa y negra. Hojaldre es un pan de hojas, una masa de harina de trigo y manteca que al hornearse adquiere una estructura de delgadas hojas sobrepuestas. Las hojas, como en la lasaña, no son previas: las construye con lentitud el calor, quizá en una génesis de fuera adentro, laminando por cocción la masa que antes era homogénea. Entre cada dos hojas hay alguna discontinuidad, algo de hueco, de alejamiento, de descosi-

do, de bostezo de la materia prima des-perezándose. La oquedad penetra y se apropia del interior, y lo infla, y la pasta densa se esponja con hendiduras. Las hojas, las láminas, las planchas, las sábanas, los folios están exactamente unos encima de otros, superpuestos y no al lado, ni yuxtapuestos ni adosados. Aparte de los derivados de la dilatación no hay desplazamientos horizontales: solo intentos parciales de alejamiento vertical. Deslizamientos, empujes, torsiones, alabeos, labilidad mínima, brechas en el material expandiéndose al tiempo que va desgarrándose, escamándose, transformándose en un apilamiento de piel y de membranas.

Demuestra el profesor titular del Departamento de Historia, Teoría y Composición Arquitectónica de la Universidad de Sevilla que la ciudad puede investigarse como si fuera un hojaldre: estudiarse, entenderse, explicarse, describirse, leerse como una realidad en la que se congrega una "sucesión de capas", una "confluencia de sensibilidades e intereses". La idea de capa, de cofradía de cosas más o menos planas y apiladas; de cosas superficialmente adheridas; de cosas tal vez con arrugas como los sudarios o con grietas como las cortezas; la idea de sucesión de "relatos" consecuentes (no de serie) es la que dirige la propuesta del ensayista. No es la única que sirve de urdimbre: está la pesadumbre del cansancio y la conciencia de la derrota quizá no definitiva. El hojaldre, dulce o no, es un alimento: una comunidad de hojas artificiales y nutritivas, de hojuelas a veces crujientes, a veces melosas, solteras o

rellenas. Un refinamiento de la gastronomía, una especialidad de la repostería etérea. El hojaldre es más que un alimento sutil: trasciende las exigencias groseras de la nutrición. Es ingeniería laminar, termodinámica, alveolo, respiración, principio de la teoría de la levedad. Es una forma compleja de la arquitectura neumática. La ciudad que se sirve caliente en estas páginas para su degustación no es un potaje, una sabrosa acumulación desordenada, un Pollock pintado sobre el suelo o un Willen de Kooning, una fusión o una difusión de sabores, sino un Rothko suspendido en el silencio o un Rauschenberg velado.

Mantiene CGV que la ciudad, sin ser arqueología, es un yacimiento de estratos. De la investigación, descomposición, descripción y crítica de los últimos estratos, de los sedimentos más cercanos (de cuya putrefacción brotará y obtendrá alimento la ciudad adolescente de las próximas décadas), es de lo que se ocupa este documentado ensayo, este libro bien escrito, esta nítida radiografía tal vez imprescindible para quien no quiera esperar más para ver la ciudad inminente. La teoría de placas que aquí se plantea invita a despellejar lo urbano como se pela y se abre una cebolla, a descarnar y desollar el cuerpo de la ciudad, como antes se hacía con los vencidos, hasta obtener el sarcasmo: es decir, hasta conseguir desprenderlos completamente de su piel para hacernos con ella un vestido (Hércules con el león de Nemea, Teseo con Medusa o san Bartolomé en el sextino Juicio Final).



Defiende el autor de *Berlín-Postdammer Plaz: metrópoli y arquitectura en transición* (BCN, 2000) que las "visiones urbanas del siglo xxi" son el correlato de una posible multiplicidad de miradas: la colección de miradas que pudiera albergar las páginas (como capas no siempre ordenadas cronológicamente) de un álbum (como versión o tergiversación de la ciudad). A narrar la biografía reciente de estas versiones (de estos propósitos que pudiéramos llamar enfoques), a desvelar los excesos y las carencias de las capitales del tardocapitalismo financiero y especulativo, se dedica el escritor haciendo hábil uso de su navaja: de su bisturí o su puñal. Denuncia las trampas y los abusos más escandalosos, las argucias y las aberraciones de las teorías y de las prácticas urbanísticas contemporáneas, de la verborrea y el ejercicio político, comercial, publicitario, social, filosófico, legislativo, sociológico, técnico, cultural y arquitectónico, entre muchos otros, del urbanismo. La parte acusatoria es, en extensión, la menor en los cuatro capítulos, en las doscientas treinta y dos páginas del libro y, en cualquier caso, siempre que señala con el dedo es para acusar con argumentos rigurosos: una crítica fundada en las evidencias o en las razones que quien sabe muy bien, en carne propia, de lo que habla.

Pero sobre todo el libro de CGV es un elocuente ejercicio de análisis gráfico arquitectónico: de rigurosa vivisección verbal de la ciudad. La cirugía no tiene tanto una voluntad curativa como una cierta intención anatómica y forense.

Tal vez no movió a CGV ninguna intención terapéutica ni trató, aunque en algo pueda recordarlo, de redactar y emitir un diagnóstico sobre las dolencias y patologías de la ciudad. Se me antoja que es más bien la crónica de un estado, la memoria de algunos de los últimos episodios que han conducido a él: de eso que en medicina clínica se denomina anamnesis. La anamnesis de la hegemónica ciudad occidental contemporánea, llámese Berlín o Tokio, o de alguna de las doce maneras diferentes que se proponen; del modelo urbano victorioso en la faz de la tierra, de la ideología triunfante y tal vez, abocada al fracaso. Si algo de vocación docente hay en la información ilustrada que pone a disposición del lector este ejercicio de análisis polisanamnésico es la incitación al combate, la propuesta de resistencia que se hace a la arquitectura más sensible. Si es delictivo que la disciplina propague la infección, que colabore con tanta eficacia en la destrucción de la ciudad, no es lícito que la arquitectura permanezca impasible.

Acaso el autor, consciente de que la ciudad carece de consistencia real, lo que pretende es definirla, llenarla, darle sentido: dotar de un significado eficaz a esta palabra ya casi huera, prácticamente vacía, sustantivo ya insignificante. Propongo esta hipótesis tras la imagen primera, la fotografía que, antes del minucioso desarrollo del índice, sirve de pedestal a la dedicatoria. Hay, puede verse un camión fosco, una torpe camioneta en otoño, acaso sólo furgón de cola alejándose, despidiéndose fúnebre por una calle, por una

ausencia entre dos tapias tristes con algunos árboles a la derecha. Hay farolas industriales y postes de la luz, alambradas y coches a lo lejos, edificios y una grieta abierta en la calzada. El vehículo (¿qué transportará dentro?, ¿de qué será metáfora?) parece solo la tapadera de punto de fuga aplastado por el cielo y el asfalto.

La ciudad es una entidad (acaso una realidad) exfoliable. Puede deshojarse como un libro o como un árbol, por el viento o por una mano fuerte. Destazarse y desmenuzarse, decaparse y desgranarse. También puede disgregarse hasta la ceniza o hasta la harina. La ciudad es una entidad (acaso como la poética luz del día) dudosa.

*José Joaquín Parra Bañón*